
TRABAJO, SOCIEDAD Y CULTURA. UN PUNTO DE VISTA DESDE LA INTERACCIÓN SOCIAL

Nuria Torres Latorre

Las formas de la sociedad son la sustancia de la cultura.

C. GEERTZ

Quizás podríamos comenzar a abordar la temática con la siguiente idea: todo trabajo es una objetivación social. ¿Objetivación de qué?

La vida social de los individuos transcurre, en primera instancia, en la cotidianidad en la que se juegan, interceptan y encuentran todas las dimensiones del quehacer humano. Las diversas manifestaciones en que se expresa o se externaliza este quehacer son las objetivaciones.

La vida cotidiana es «inapreciable», pero siempre está ahí, tangible, real; no es pasado, no es futuro, pero contiene ambas temporalidades y es presente. La vida cotidiana no es medible, a pesar de sus rutinarias conformaciones y las precisiones de su transcurrir en tiempos y espacios.

Seguramente, la mejor forma de presenciar la cotidianidad es a partir de la propia actividad, y aún más allá del quehacer llamado trabajo.

Entonces, ¿qué es el trabajo? Y volvemos a nuestra afirmación inicial.

Las objetivaciones transcurren, se expresan necesariamente en la vida cotidiana. Y una objetivación conlleva la manifestación, la externalización de las construcciones subjetivas e intersubjetivas resultantes de la relación e interacción de los individuos.

Cuando las personas pensamos en el trabajo, en primera instancia, nos aparece connotado como una necesidad. Pero, ¿necesidad de quién?, ¿de qué? Podríamos decir que es una

necesidad de subsistencia, de ganar dinero en primer plano. Pero también el trabajo en sí debe responder a otras dimensiones de «necesidad».

En este sentido, el trabajo que se realiza es necesario en sí mismo, ya sea porque a través de éste se produce algo, se da un servicio o hay algún proceso de estudio, de investigación o de creación. Lo que se produzca, las creaciones que se hagan, los servicios o estudios que se desarrollen son una necesidad, pero una necesidad social; incluso hasta la producción de alimentos, las visiones de salud y sus tecnologías para curar, etcétera.

Las necesidades son una construcción sociobiológica y psicocultural; por ejemplo, en el caso de la comida, por todos es sabido cómo una persona al alejarse de su ciudad o país extraña la comida de su «tierra» y, en el mejor de los casos, se da una nueva adaptación social o cultural alimentaría. Aun cuando la nueva comida que recibe cubre sus necesidades puramente biológicas, no es suficiente.

Entonces, si las necesidades son una elaboración, a final de cuentas social, y el trabajo responde a esto, podemos decir que el trabajo -los trabajos- tienen una razón de ser cultural y se modifican, se replantea su necesidad y su sentido a partir de las elaboraciones que la sociedad realice entendida como grupo humano en interacción.

Por lo tanto, lo que importa es la generación creativa, audaz y alternativa de otras formas culturales y sociales de bienestar, a plenitud y productividad. Así se podrían romper -se rompen de hecho-, los prototipos de lo que es el trabajo (una secretaria, por ejemplo, un obrero), y formular otros. Este camino nos lleva a una necesaria reflexión en torno a cuáles son los contenidos de la vida cotidiana que elegimos. Por eso decimos que se «rompen», porque al interior de todo proceso social expresado en lo cotidiano existe la reelaboración y creación permanente de los diversos roles sociales concebidos, asumidos y generados.

Anotemos un aspecto más en este punto: la significación del trabajo en sí y su legitimidad. Sólo señalaremos que un trabajo logra su cabal legitimación, en un nivel social profundo, y por lo tanto es en sí mismo significativo al desarrollar universos simbólicos, en el entendido de que éstos son las matrices referenciales primarias de todas las objetivaciones e incluso de toda subjetividad individual. (Véase P. Berger y T. Luckmann, 1979).

LA FORMULACIÓN DE NUEVOS TRABAJOS LEGITIMABLES

Cuando hablamos de algo legítimo, legitimado, pensamos en aquello que es originario, verdadero, o que está aceptado, autorizado; pero lo verdadero y/o autorizado se establece por un consenso sociocultural que tiene su historia sustentada en procesos de interacción humana y de construcción de conocimientos. Cuando algo está legitimado significa que tiene un fundamento, una explicación o una razón. Una explicación está dada por el conocimiento, y los fundamentos o las razones tocan los planos valorativos y éticos del ser humano.

Todo trabajo está dado bajo estas condiciones. Bajo estos supuestos la relación unívoca del trabajo con la mera productividad en su sentido más economicista queda relativizada, ya que ver el trabajo en función exclusivamente de los aspectos más materiales reduce las dimensiones que en él se conjugan. En este sentido unilineal podríamos considerar toda actividad humana enajenante que empuja al individuo a estados esquizoides, y a su vez a la sociedad.

Volviendo al punto anterior, tomemos la problemática desde uno de los planos por el que analizamos la creación de un trabajo determinado. Y ese plano es el de la interacción y la intersubjetividad. Es el plano psicosocial del ser humano que confluye en lo cultural con la creación de los universos simbólicos que constituyen los referentes primarios culturales de cualquier grupo humano.

Los procesos educativos inciden en este plano, y los trabajos son meras objetivaciones del mismo plano. De ahí que la creación de «nuevos» trabajos responde, en este sentido, tanto a la continuidad de los ya establecidos como a la formulación de nuevas concepciones sociales que tienen su origen en otros conocimientos y en una constante reelaboración valorativa del quehacer humano.

El plano de la interacción y la intersubjetividad es el plano de la socialización. Es en los procesos de interacción que el sujeto se constituye, y es en la misma interacción que el individuo confronta sus quehaceres y sus concepciones. Es en la interacción con el «otro», con los «otros», que surge la intersubjetividad, de tal forma que la subjetividad de los sujetos que interaccionan, aflora, encuentra correspondencia o no con el «otro», y en concordancia con la adquisición de conocimientos, el individuo modifica su subjetividad.

Modificar la subjetividad de las personas tiene que ver con la internalización de concepciones suficientemente realistas, fundamentadas, por una parte, y el encuentro de respuestas objetivables -legitimables-, que resuelvan las necesidades vitales de sustento en un nivel, y de pertenencia, en otro.

Por ello la formulación y creación de nuevas formas de trabajo está siempre ligada a los intereses de un grupo social, o a aspectos de corrientes de pensamiento cultural, o a estilos o «modas» de ser, de estar, de vestir, de consumir... y de todas a la vez, pero en una forma particular que se adopta. Todas son el resultado previo de estas formulaciones intersubjetivas, objetivadas de múltiples maneras y formas.

Pero el establecimiento en sí de nuevas prácticas sociales de trabajo se logra después de un proceso de legitimación, el cual es el resultado de su expansión sociocultural, de tal forma que son la expresión de un consenso social. El surgimiento de nuevas profesiones es a partir de su objetivación local y particular y bajo la constatación de nuevos conocimientos y resultados de bienestar social. Su expansión es en función de estos dos últimos aspectos, pero siempre el surgimiento es particular y local.

En lo particular y local están contenidas tanto la dimensión cotidiana como la interacción social. Y a su vez, la expansión socialmente sustentada no es sino a partir de la interacción y la intersubjetividad.

Es por ello que un proceso verdaderamente democrático tiene que atravesar los filtros de la interacción puesto que es a partir de ellos que verdaderamente se construye una sociedad plural y participativa, y por lo mismo es posible bajo condiciones sociales micro en donde la confrontación social esté al «alcance de todos».

En esta misma línea es, en la interacción y sus objetivaciones, donde encontramos el sentido profundo sociocultural de un grupo humano. A su vez es en la forma en que se expresan las interacciones y sus objetivaciones donde podemos conocer lo legitimado socioculturalmente y penetrar a los universos simbólicos de grupos socialmente conformados.

El trabajo, en última instancia, siempre responderá a los propios universos simbólicos. Su continuidad no se reelabora a partir de nuevas dimensiones cognitivas y conceptuales, elaboraciones hechas a partir de las vivencias y experiencias de los individuos en su interactuar sociobiológico.

NECESIDAD DE LA INTERACCIÓN: EL IR Y VENIR DEL SER INDIVIDUAL Y DEL SER SOCIAL

Actuar localmente y pensar planetariamente.

Al reflexionar sobre las dimensiones del trabajo nos encontramos con una expresión multifacética que sólo es posible comprender y explicar a partir de su contextualización sociocultural. Y en ese «descubrimiento» nos vemos obligados a detallar cada expresión por su particularidad.

Al llegar a estas dimensiones nos encontramos con los procesos de socialización donde interacción y estructura se conjugan en una dinámica dialéctica. (Véase Uriz Pemán, 1993).

La importancia de este punto radica en que en la medida en que se conozcan las construcciones que se dan en los procesos de socialización, vistos desde la interacción, podremos comprender las significaciones y el sentido que los individuos y los grupos socialmente constituidos, dan a sus actividades.

Elaboraciones de este tipo contienen diversas implicaciones. Comprender las significaciones dadas, por ejemplo, en una situación de un trabajo colectivo -organizado-, podría permitir, por un lado, procesos de autoconciencia sobre los sentidos adjudicados a sus diversas objetivaciones observadas en el trabajo.

En otro plano, estos estudios facilitan la anticipación de tendencias y sentidos sociales, a partir de los que, entonces, se pueden formular propuestas pedagógicas ligadas a las necesidades en el trabajo, cualquiera que sea el tipo de actividad en desarrollo.

A su vez pueden dar pistas de las razones por las que diversas experiencias organizativas, generalmente propuestas de forma externa, no culminan, no permiten su continuidad. Entender las tendencias de sentido que movilizan a los grupos y actores sociales en nuestra civilización, favorecerá el desarrollo de propuestas creativas y audaces.

Y en relación propiamente al mercado, en donde el consumo y las pautas de consumo están envueltas, es posible encontrar sugerentes perspectivas en el análisis y los estudios sobre la interacción. Los cambios en el tipo de consumo de las personas se dan por su pertenencia a ciertos sectores donde las significaciones que entre ellos circulan conforman una red múltiple y compleja, pero siempre en movimiento y factible de ser influida, modificable a partir de las construcciones desde la interacción y la intersubjetividad.

El trabajo ligado directamente al mercado quizás podría optar por otras dimensiones de intercambio, en el plano de los paralelismos simbólicos entre grupos sociales diversos, donde lo simbólico contiene las significaciones que conducen a sus diversos actores y les dan identidad. Algunos manejos cultura-

les en torno al trueque van en este sentido, y sólo lo planteamos como idea sugerente y como ejemplificación.

En otro plano sugerente se podrían encontrar otras dimensiones de relación humana que establezcan diversas formas de pertenencia a determinado grupo o sector social y modifiquen sus pautas de consumo. Este tipo de dimensión implicaría procesos de autoconciencia motivados desde la interacción y su expansión por la conciencia de la intersubjetividad, del «otro» y del lugar del «otro».

Y, finalmente, la conciencia de esta construcción social a partir de lo local, lo cotidiano y sus contenidos, deben reflejar la totalidad social, la contienen justamente a partir de su red de significaciones.

Así, los desarrollos locales son el sustento y la base de un desarrollo civilizatorio pleno y cabal, y toda nuestra labor cobra su mayor sentido en la medida en que se dirige hacia allá.

BIBLIOGRAFÍA

Berger, P. y T. Luckmann, *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu Editores, 1979, 233p.

Uriz Pemán, Ma. Jesús. *Personalidad, socialización y comunicación. El pensamiento de George Herbert Mead*, España, Librerías Prodhufi, 1993, 510p.